



ENTREVISTA
Juan Carlos Onetti

Fotos cedidas por EL PAÍS

La extraordinaria actitud de Juan Carlos Onetti

El placer de escribir es muy grande

JUAN CRUZ

A Dulce Chacón, tanto recuerdo

Juan Carlos Onetti no estaba echado en su cama porque odiara el mundo sino porque lo buscaba, y de esa manera, echado de lado sobre su cama en un piso séptimo de la Avenida de América de Madrid, estaba más cerca de él.

Realmente, no estaba echado de cualquier manera, sino que estaba echado contra la pared, como si estuviera rabioso contra la claridad del día, contra las plantas del balcón que con tanta ternura le regaba Dolly, su mujer, contra el cielo a veces lechoso, a veces lluvioso, siempre presente de Madrid.

Conocí, en su ausencia, a otro escritor que vivía frente a la pared, aunque la leyenda lo situó viajando y viendo horizontes, cielos y soles. Era Julio Cortázar. En la última casa que tuvo en el campo francés, en Saignon, cerca de Aix-en-Provence, se encerraba en una habitación cuadrada, frente a una pared que le impedía los árboles y el cielo.

Allí estaba, durante horas, escribiendo historias por otra parte luminosas, u oníricas, llenas de sueño y, también, de claridad.

Pero Onetti no sólo estaba echado contra la pared, sino que él trataba de escribir en función de la distancia que le proporcionaba la pared: no quería saber nada ni de la realidad ni del tiempo: así eran sus libros.

El último libro que escribió, *Cuando ya no importe*, tenía el título que mejor le venía a su propia actitud: qué importa nada, qué importaba nada, qué había importado nada. La novela estaba, como todas las suyas, llena de polvo y de calima, de una especie de nebulosa detrás de la cual estaba su propia obsesión por desaparecer, por ser letras de un mismo libro ya terminado.

Cuando le puso título lo hizo con la desgana con la que trataba las cosas cuando ya estaban fuera de su control, pues era un escritor delicado con su propio lenguaje, aunque él mismo se vistiera con aquel desaliño. Así que tituló su novela, en primera instancia, *La casona*, que recordaba algunos títulos de Vicente Blasco Ibáñez, y eso debió pensar su agente literaria, Carmen Balcells, que le sugirió otro: *Cuando ya no importe*. Le sugirió o le impuso, pues él tenía una gran devoción

por Carmen y ésta no sólo impone, y con muy buen criterio, a aquellos que tiene cerca, sino incluso a aquellos que le son lejanos, tal es la autoridad que ha adquirido su criterio. Luego Onetti le premió dedicándole la novela, con la devoción que él le profesó y con la constancia lejana de que, quizá, el título también decía lo que iba a pasar: que sería la última novela y que luego ya nada importaría, nada... *Cuando ya no importe...*

Por esas circunstancias que la vida ofrece al menos una vez al que pasa por allí, sucedió que la novela fue escrita y terminada mientras quien ahora hace este relato de los hechos era editor, en Alfaguara, y la novela nos vino hecha como una especie de recompensa por esperar a Onetti... En esa editorial publicamos también, y con mucho éxito, sus cuentos completos, y además con Onetti se daba una afinidad y una cercanía personales, y con su familia, que aún hoy me siguen conmoviendo... En una época, además, fui su vecino, y fue tal influjo que produjo en mí esa cercanía también física que no he tenido más remedio que hacerle entrar en mi último libro, que aun es sólo manuscrito mientras escribo estos recuerdos...

Para preparar esa edición le fui a ver varias veces, y siempre estaba él echado en su cama, mirando al vacío o con sus ojos fijos en la pared donde había, incrustada con una chincheta, una fotografía rudimentaria de Humphrey Bogart o de alguien que se le parecía...

Uno de esos días le pedí que escribiera en una agenda vieja —él siempre escribía sobre agendas viejas, algunas de las cuales le proporcioné yo mismo— el principio de su novela, pues con ese manuscrito podíamos hacer

la portada del libro, uno de los primeros, por otra parte, que yo daba a la imprenta como editor... Al contrario de lo que ha trascendido, Onetti no era un cascarrabias, ni ponía reticentes ante las cosas razonables, así que se puso muy aplicadamente a hacer aquel manuscrito y al final me dio la hoja cuadrículada en la que aparece el principio de *Cuando ya no importe...* Aun tengo, como uno de los pocos fetiches que han aguantado el temporal y la melancolía de los días, ese manuscrito, con el diseño de lo que había de ser aquella cubierta...

Y en una de esas visitas llevé una grabadora ante la que él reaccionó con un exabrupto, una de aquellas bromas que tenías que tomar con filosofía para que él mismo viera que tú tenías su sentido del humor... Y con esa grabadora le hice una larga entrevista, que es la que me dispongo a trasladarles, en gran parte, a ustedes a continuación... Me acompañó mi amiga Dulce Chacón, la poeta y novelista ahora tan tristemente fallecida... Veníamos los dos, lo que es la vida, del sepelio de un amigo nuestro, un hombre recordadísimo, Juan Benet, y era una de esas mañanas que se parecen, en enero, a los días de Reyes de nuestra infancia... Había, pues, ese recogimiento final que se produce cuando uno acaba de perder a un ser muy cercano y aún busca el calor en el silencio o en las pocas palabras... Onetti se hizo cargo, porque también admiraba el genio de Benet, y nos acompañó con sus palabras y también con su silencio a lo largo de una mañana memorable...

Grabamos la conversación y luego fue la propia Dulce quien hizo la larga transcripción de la misma... Cuando se la envié, el gran escritor sólo hizo un cambio, referido al

piso en el que estaba situada su vivienda, en la avenida de América de Madrid...

Después me desaparecieron el casete y la transcripción... Le costó muchísimo a Dulce rescatar de sus archivos informáticos este trabajo que ahora ve la luz creo que por primera vez... Con la paciencia con que hizo todo, y con la que ayudó sin cortapisas a tanta gente, la buscó y al final me la dio... Ahora ya ella tampoco la verá publicada...

JUAN CRUZ. No hace falta que seamos muy formales en la entrevista.

JUAN CARLOS ONETTI. Yo te voy a tutear, estoy más cómodo.

J.C. Claro.

J.C.O. No sé qué me vas a preguntar. Todos los reportajes son tan tontos.

J.C. Es que yo no le quiero hacer muchas preguntas.

J.C.O. ¿Por qué escribes? ¿Para quién escribes? Eso es lo que se pregunta en los reportajes.

J.C. A mí hay una cosa que me intriga mucho, que me apasiona de su libro: la frescura. Da la impresión leyéndolo de que usted se ha divertido mucho haciéndolo.

J.C.O. Ya. Yo puedo decir diversión. El placer de escribir es muy grande. Mira ahora, por ejemplo, estoy escribiendo una cosa que no es novela, que son recuerdos, que son inventos. Por ejemplo hago el descubrimiento del cadáver de la Señora Síntesis. ¿De qué murió Síntesis? Todos los periodistas, para no tra-

garse todo un discurso de un ministro, damos la Apretada Síntesis y la apretaron tanto a la pobre mujer que se murió. Hoy hay cantares de ciego sobre la muerte de la Señora Síntesis, cosa grave.

J.C. La Señora Síntesis. Es como la Opinión Pública, la Sociedad Española, como si fueran personajes existentes.

J.C.O. Hay una cosa que me molesta, y trato de tomar en broma: el uso de lugares comunes. Hay cosas que me irritan, sobre todo en gente joven, el empleo de lugares comunes. Es una cosa que me desconcierta. Si a mí se me ocurre una frase hecha, en ese momento siento como un golpe en la mano, o algo así, en el cerebro debe ser ¿no?, que rechazo, no puedo hacerlo.

J.C. ¿Y cómo se lucha contra eso? ¿Cómo ha luchado Vd. contra el lugar común en su literatura? ¿Cómo se mantiene viva la literatura propia? ¿Cómo ha mantenido Vd. viva su literatura?

J.C.O. La he mantenido viva escribiendo, escribiendo con interés, con amor, con cariño, ¿no?. He escrito tanto, tal vez demasiado, dirán algunos. No hay ningún personaje sobre el cual yo haya escrito, un personaje de mi novela, al que yo no le tenga cariño, ¿no?, aunque sea un canalla, aunque sea un bandido. Si no lo tuviera, yo no podría escribir.

J.C. ¿Cómo vienen esos personajes?

J.C.O. ¡Auh!, es tan raro. Algunos que he conocido en la vida. Algunos que están hechos de mezcla de dos o tres. Y otros totalmente inventados, tal vez sean los que más me han interesado.

J.C. ¿Y quienes son los más reales? ¿Los inventados acaso? Alguna vez los más reales son los inventados.

J.C.O. Yo creo que si escarbamos bien, usando el psicoanálisis, se va encontrar que un personaje inventado nació de personas reales, de alguien que hace diez años, por lo menos, conociste y has olvidado. Bueno esto que digo es pura hipótesis.

J.C. En *Cuando ya no importe* hay, desde mi punto de vista de lector, un personaje que no es la historia de la novela, que es el lenguaje, como si el lenguaje fuera el protagonista de la novela. ¿Cómo surgió *Cuando ya no importe*? ¿Qué es lo primero que surge en un libro suyo?

J.C.O. No sé. No sé. Puede haber surgido de tantos libros que leí. Que se haya producido una selección mía, inconsciente tal vez. Por ejemplo hay palabras que me causan gracia y hay palabras cuya ortografía desconozco () ¿Por qué? pues son palabras que jamás emplearía yo. Y vosotros, no me refiero a los canarios, los gallegos, ese casticismo me mata. Mira una vez yo estuve realmente enfermo leyendo (.....del cementerio), realmente me ha enfermado, una enfermedad física, no lo aguanto eso.

J.C. Su literatura desata mucha pasión en la gente, hay apasionados de Onetti en todo el mundo, especialmente en la lengua castellana, acaso porque Vd. mismo escribe con una enorme pasión, como si la literatura fuera el esqueleto que Vd. tiene dentro. ¿No?

J.C.O. Mira, algunas veces se han burlado de mí —ya estoy viejo ¿no?— diciendo que para mí escribir era como hacer el amor, esa cosa

de entrega ¿entiendes?. Tú te olvidas de ti mismo, no eres tú. Bueno, no sé lo que sientes tú cuando haces el amor, te hablo de lo que siento yo, lo que sentía yo: una entrega total, fuera del mundo. Y así en momentos en los que yo dudo de mi estado mental, hay momentos en que yo los quiero vivos a los personajes. A veces me da la impresión de déjá vu. Y entonces no me interesa ni escribir ni leer, cuando se produce el déjá vu.

J.C. Hay algún personaje que se le aparece incluso ¿no?

J.C.O. Muy raramente.

J.C. ¿Ha hablado Vd. con algún personaje suyo alguna vez? ¿Algún personaje suyo ha mantenido con Vd. alguna discusión?

J.C.O. No. No.

J.C. ¿Vd. los doblega?

J.C.O. Somos muy amigos. Te voy a contar algo: en un tiempo yo tenía una muy buena relación con Vargas Llosa... y ahora no tengo nada contra él, ni mal ni bien. Bueno, una vez nos encontramos por casualidad de viaje en San Francisco, él venía con Patricia, su mujer, terminaba el plazo de su habitación, entonces pidieron para pasar a la nuestra, yo estaba con Martínez Moreno. Después ellos tomaban no sé si avión o tren para ir a Los Angeles. Como se quedaron ahí, estuvieron hablando mucho toda la noche y él me decía que trabajaba, en ese tiempo él tenía un empleo en la radio francesa y empezaba a las diez de la noche, ocho horas, y que volvía a casa y se ponía a trabajar de tal hora a tal hora, eso también lo leí de García Márquez, que decía que tenía unos horarios fijos para escribir. Yo eso no lo

concibo, me parece envidiable tener eso. Entonces yo le dije a Mario, dije, mira, lo que pasa es que tú tienes un amor conyugal con la literatura, tú estás obligado a cumplir con tu señora esposa y yo tengo un amor de pasión, absolutamente no conyugal, y entonces hago el amor porque me da la gana, cuando tengo ganas. De la misma manera escribo cuando me da la gana. Yo no podría escribir de tal hora a tal hora, no, no, no, yo escribo, yo qué sé, de pronto estoy leyendo un bodrio policial y de golpe me viene el ataque y agarro y escribo.

J.C. ¿Siempre ocurre que un escritor se inspira en la literatura que le es más ajena? ¿Cuáles son sus lecturas, antes de escribir?

J.C.O. Yo no sé cuando voy a escribir, así que no te puedo decir qué estaba leyendo antes. Ahora, si hablamos de la literatura que ha influido en mí, claro mucha, muchísima, y que ha influido por su calidad literaria (de manera inconsciente), y como se va cultivando, pues adquiere su preferencia y sus gustos...

J.C. Ahora, cuando ya Vd. tiene ochenta años, o un poco más, y ha sedimentado todas esas influencias y Vd. mismo influye en los otros, ¿cuál diría que es la herencia que Vd. mismo ha recogido, de quién se siente más heredero Onetti?

J.C.O. Es tan complicado eso. Es complicado decir la verdad exacta. Una preferencia para este tiempo, para esta noche. A mí me parece indudable la influencia de Faulkner. No tanto como la que tuvo sobre el pobre Benet, que era visible, era adoración la que tenía. Tú sabes, él se había maquillado, hay fotos muy parecidas a las de Faulkner...

J.C. Era más alto que Faulkner, sin embargo.

J.C.O. Y hubo otro, no sé, el que tradujo Santuario, Novás es el primer apellido.

J.C. Lino Novás Calvo, cubano.

J.C.O. El mismo. Bueno, este hombre tradujo Santuario y después declaró que no podía escribir más. Cada vez que escribía hacía un pastiche de Faulkner. Entonces, un hombre decente, no escribió más.

J.C. ¿Y qué le atrajo a Vd. de Faulkner?

J.C.O. Es tan curioso esto. Es curioso. Yo descubrí a Faulkner, recuerdo siempre, caminando por la calle, porque había comprado un número de la revista Sur, en Buenos Aires, y ahí publicaban un cuento, un cuento que yo admiro enormemente y que no es el clásico, el clásico es Una rosa para Emilia, todo el mundo lo pone como el mejor, si quieren hablar de Faulkner como cuentista ponen, bueno también Faulkner cuentista tiene cosas espantosas, si tú lo has leído todo, por ejemplo ese del tío del muchacho que es un juez y que consigue que se declare culpable un tipo porque era conservado en una cajita el humo del tabaco que fumaba. Una cosa idiota, abre la caja, olor a humo, muy obvio, un horror. Tiene otro que es horroroso... Bueno, da igual, hay un par de tontos que están haciendo una biografía mía y a ellos les cuento todo esto...

J.C. Onetti, estábamos hablando de qué le atrajo a Vd. de Faulkner.

J.C.O. Pues, como te digo, yo iba caminando y me encuentro con una revista que me había comprado y ojeado y me encuentro con un cuento que se llama Todos los aviadores muertos, o Todos los pilotos muertos, y em-

pecé a leer eso y fue un deslumbramiento tal que me senté en un café hasta terminarlo. Me dio la sensación de que aquel era un genio, para mí era un genio.

J.C. ¿Y qué tenía esa escritura que le atrajo a Vd.?

J.C.O. Es difícil decirlo. Tiene, no sé, primero que yo estaba de acuerdo con él, que además yo vivía lo que estaban viviendo los personajes de él. Cosas tan dispares como lo que era mi vida y lo que era ese cuento, aviadores, ¿no?, durante la primera guerra. Circuló la gran mentira, que él mismo fomentó, de que Faulkner había intervenido. Nunca. Tiene un reportaje, me acuerdo, en el París Macht, un reportaje muy bueno, y muy cínico, de Faulkner que dice que su gran aspiración hubiera sido ser capataz de un prostíbulo y cuenta por qué: ¡Ah! pues es una vida muy tranquila, las chicas duermen hasta no sé qué hora. Bueno, eso todo era farsa, ¿no?

J.C. ¿Y cuál hubiera sido su gran aspiración, Onetti?

J.C.O. Mi gran aspiración, tal vez, hubiera sido escribir algún día un libro y que viniera Juan Cruz a interrogarme.

J.C. Onetti, digamos que Faulkner está ahí, es un recuerdo y una presencia pero hay, ahora, para mucha gente, el estilo de Onetti, que se define en una frase que me dijo el otro día una joven lectora de su libro. Ella decía que su libro daba gusto leerlo mientras se leía y después daba rabia que ya se hubiera escrito, porque no se podía leer de nuevo.

J.C.O. Es un enorme elogio. Te voy a decir por qué, porque a mí me ocurre con libros que yo

quiero mucho. ¿Por qué no me vendrá un ataque de amnesia para leerlo otra vez? Tengo recuerdos de que yo fui muy dichoso mientras lo leía, ¿no?, pero los tengo todavía frescos, todavía me acuerdo y quiero olvidarme para tener el deslumbramiento que me dio. Por ejemplo hay un libro famoso portugués de Eça de Queirós, Los mayas; lo leí tantas veces que lo tengo por ahí y me gusta mucho y no puedo cogerlo otra vez, cogerlo, como dicen Vds. los gallegos... Porque me acuerdo de Carlos Eduardo Maya, me acuerdo de la hermana de Carlos Eduardo, que se llama María Eduarda, me acuerdo del viejo que muere de más de cien años de edad... Bueno, estoy contando tonterías, pero te quiero decir que me da pena no poder leerlo de nuevo porque ya me lo sé, sé lo que va a suceder...

J.C. ¿Y le ocurre también con lo que ha escrito? ¿Le gustaría escribirlo de nuevo?

J.C.O. No, no, querido, lo que yo he escrito, no, para mí se acabó, terminantemente se acabó y todo, ese libro ya no es mío, ya no tiene que ver, ya es de la gente y ya es de Juan Cruz. Sí, mi hijo, sí.

J.C. Cuando se leen sus libros, sobre todo éste último, *Cuando ya no importe*, que es un título acertado, es un buen título para ese libro, da la impresión de que Vd. lo ha escrito absolutamente seguido, como que hubo algo por dentro que le dictó el libro, es decir, que Vd. no ha necesitado ni siquiera corregir.

J.C.O. Es que, fíjate tú, el momento feliz para el escritor se tiene, y lo ha dicho más de un hombre, y gente de talento, cuando está escribiéndose como si te estuvieran dictando. ¿Quién escribió esto? ¿Lo escribí yo? Bueno, también puedes pensar en los espíritus.

J.C. Pero, ¿no cree Vd. que eso proviene de una sensibilidad especial, literaria, que hay dentro de algunas personas, y que otras no tienen y que Vd. está dotado de ella?

J.C.O. Eso me parece, sí, parece que debe ser así.

J.C. En concreto, ¿corrigió mucho *Cuando ya no importe?*

J.C.O. Nada. Pregúntale a Dolly que está ahí.

J.C. ¿Siempre ha sido así?

J.C.O. A veces se lo he dado a Dolly para evitar los mente, ¿no?, por ejemplo en una frase de dos párrafos está diferentemente junto con solemnemente, por ejemplo. La gran tarea que hace Dolly. Pero por lo demás, corregir, nada. Y mira tengo otro ejemplo, literariamente valioso, que era Julio Cortázar, él no corregía y los cuentos le salían muy bien, muy bien. Cosa que le indignaba a García Márquez. Estuvimos en Barcelona con García Márquez y le dije eso que sabía de Julio, que no corregía, y el venenoso de García Márquez dijo: "Se le nota". Y yo le dije "¡Ah, hijo de la gran...! se lo voy a contar a Cortázar" y dijo: no, no, yo voy este fin de año a París y se lo voy a decir yo mismo.

J.C. ¿Cómo ha sido su relación con todos ellos?

J.C.O. ¿Con quién?

J.C. Con Cortázar, con García Márquez, ¿cómo ha sido su relación con los literatos?

J.C.O. No sé, no sé cómo decirte, porque de lo que llamamos literatos he escapado siem-

pre. Una vez fui al Café Gijón, a un acto literario, uno leía y los demás escuchaban... En el último párrafo de París era una fiesta Hemingway dice: "Llegué a lo más bajo a lo que puede llegar un escritor: leer en voz alta a los demás". Además, los que estaban en el Gijón no eran amigos, no eran intelectuales, era gente importante de Norteamérica que iba a ver escritores como si fueran fenómenos, ¿no?

J.C. Estábamos hablando de cómo ha sido su relación con García Márquez, con Vargas Llosa..., con Cortázar..., con Rulfo...

J.C.O. A García Márquez lo conocí en Venezuela, en un Congreso que hubo, no sé si fue el año del terremoto, y todavía él no había publicado Cien años de soledad, tenía una prueba de imprenta sin tapas y me la dio a leer, me la prestó y, bueno, la leí y claro que lo felicité aunque, yo te digo, si lo quieres publicar lo publicas, porque yo ya estoy muy viejo...

J.C. ¿Y Cortázar?

J.C.O. Y con Cortázar, mira, muy amigos, yo lo había conocido muy vagamente en Buenos Aires, nos hicimos amigos, pero él todavía no había hecho su obra, creo que sí había escrito Los Premios, que a él le entusiasmaba mucho y a mí no, sobre todo, no después, al compararlo con lo que escribió posteriormente ¿no? Pero tal vez en ese momento Los Premios, solos, solitario, me hubiera parecido un buen libro. Ahora, después, lo comparé con el resto de lo que fue escribiendo Cortázar y entonces me pareció inferior, por ejemplo inferior a la famosa Rayuela y los cuentos, tiene cuentos admirables, para mí, por ejemplo Vd. habrá oído hablar de El perseguidor...

J.C. ¿Y como ser humano qué le parecía Cortázar?

J.C.O. Acá entramos en un problema. Mira, te voy a decir, él siempre se mostró como un hombre muy humilde, muy desinteresado, pero nada. Era de una vanidad tremenda y la polémica que tuvo con mi amigo peruano, el de Los ríos subterráneos, Arguedas, un gran escritor, que se suicidó, dos veces se suicidó. La primera lo salvaron. Un libro de él termina diciendo que la gran ambición suya era ir a Montevideo para estrecharle la mano a Onetti. Así que te das cuenta que nos queríamos, sabía además mucho. Este escritor peruano había criticado el desinterés de Cortázar por los problemas latinoamericanos de los indios y este hombre vivía dedicado, tenía una granja para niños indígenas....

(Tengo una anécdota muy linda con Jorge Amado. Él estuvo perseguido en Brasil, por comunista, y se exilió en Montevideo... La policía brasileña perseguía a los comunistas y a sus simpatizantes, la policía les introducía cera en los intestinos..., era terrorífico, aparecían los cadáveres con la piel del vientre destrozada... En fin, estábamos con Jorge Amado en Montevideo, fue muy divertido. Él me pidió mi departamento, en secreto, para una entrevista política con el secretario general del Partido Comunista brasileño, estaban fabricando la contra, la revolución contra la dictadura, y bueno yo le dije: "No tengo inconveniente, toma". Y le di la llave y él le dijo al portero que tenía una entrevista de negocios y el portero le dijo que suba y entonces después, al día siguiente, pues yo le pregunto al portero "y ¿vino mi amigo?" "sí vino" "Y ¿tuvo la entrevista?" "Muy buena entrevista, y qué tetas tiene el secretario general del Partido Comunista brasileño..." ¡Era



Fotos cedidas por EL PAÍS

con una petenera! Qué tonto. ¿Por qué no lo dijo?)

Con Arguedas, en una declaración, elogiaba el talento de Cortázar pero lamentaba que no se preocupara por la gente pobre, los humildes, sobre todo los indígenas, de Latinoamérica y Cortázar le contestó de una manera muy desagradable para mí, diciéndole: Vd. está tocando una quena en el Perú y yo dirijo una orquesta sinfónica en París. Es una grosería, sobre todo conociendo a este peruano, que era uno de los hombres más dulces que he conocido. ¿Y qué fue lo que le dijo a Cortázar? No era ofensivo, era como una invitación a que lo hiciera, pero bueno, eso fue una miseria...

J.C. De todos modos, de Cortázar se pueden decir muchas más cosas.

J.C.O. Otra que dijo fue, no sé en qué época, "yo he escrito los mejores 72 cuentos de la literatura castellana". Publicado. No se puede. Pero ni se puede contar escribir 72 cuentos, a mí qué coño me importa.

J.C. ¿Vd. no cree que el destino del escritor es tener cierta vanidad? ¿Como se ha defendido Vd. de la vanidad?

J.C.O. No tengo vanidad. ¡Coño!. Perdón. ¿Qué voy a hacer?

J.C. ¿Y cómo se ha defendido Vd. de la vanidad?

J.C.O. No me defendí porque no la tuve. No sé. Vanidad literaria, ser alguien, eso que se llama ser alguien...

J.C. ¿Para qué?

J.C.O. No, no, mira, yo creo que el destino de...

J.C. Estábamos hablando de Cortázar y la vanidad.

J.C.O. Bueno, lo que hizo con este hombre, el peruano, tonterías..., eso no se puede hacer. Te digo que era un tipo muy vanidoso.

J.C. Vd. tiene rodeándole, y he anotado algunos libros, por aquí tiene a Horacio Quiroga y aquí tiene La Regenta de Clarín, me gustaría que, a partir de la Regenta, hablaremos de la literatura española que Vd. conoce. ¿Cómo ha convivido Vd. con la literatura hecha en esta parte de acá del castellano?

J.C.O. Pues ahí tú me pones en un aprieto. Mira hay una cosa que siento. Lo que he leído, novelistas sobre todo y cuentistas también, ¿sabes lo que siento?: todos, más o menos a escondidas, cultivan aquello del terruño. El terruño, como coño le llaman. Es decir que no le veo a la literatura totalmente abierta al mundo, a la literatura universal.

J.C. No existen una lengua, las lenguas en la literatura, si no que existe la literatura. ¿Quiere decir eso?

J.C.O. Sí, debe ser. Pero no sé. Tal vez si leyera literatura de escritores franceses, no de los parisinos, sino del campo francés, sería lo mismo. ¿No?

J.C. Entonces, yo le preguntaba, a partir de la presencia aquí de La Regenta..., de Baroja...

J.C.O. Ahí tiene a Baroja, por ejemplo, al que admiro muchísimo, y este invierno, todos los inviernos en Madrid, me leía la obra completa de Baroja, que me la prestaba Felix Grande. Sobre todo, me gustaba todo mucho, pero el que más he leído es el último, que se llamaba La última vuelta del camino.

J.C. Y de la literatura actual, digamos, no sé, de la gente que Vd. lee, porque Vd. lee habitualmente mucho.

J.C.O. Me entusiasmé con *El jinete polaco*, de Antonio Muñoz Molina...

J.C. Es una pasión literaria, como Vd.

J.C.O. Gran talento tiene.

J.C. Onetti, a mí me gustaría que Vd. me contara qué paisaje hay en su memoria.

Cuando Vd. sueña, piensa, o está abstraído, ¿qué paisaje le viene?

J.C.O. Te puedo decir que me considero un caso perdido. Porque los recuerdos más importantes, o más queridos por mí, son recuerdos de habitaciones, ¿entiendes?, creo que pocas palabras bastan. Y algún café, en Buenos Aires, en Montevideo, pero más que eso la gente con la que yo estaba.

J.C. Y sin embargo, en esta novela hay un paisaje muy vivo...

J.C.O. No me acuerdo. ¿Paisaje vivo? Hay un bosque inmóvil enfrente.

J.C. Para mí, en mi memoria como lector, esa novela es un gran paisaje.

J.C.O. Bueno, me alegro. Todo lo que sea a favor...

J.C. Onetti, ¿por qué se recluyó Vd.? ¿Qué consecuencias ha tenido para su literatura su larga reclusión, el estar en una habitación, justamente, durante tanto tiempo?

J.C.O. Bueno, cuando tú me hablas de recuerdos, yo pienso en la habitación en compañía.

J.C. Vd. lleva mucho tiempo no yendo a ningún lado, esto es una voluntad...

J.C.O. El origen, concreto, unas inyecciones de vitamina, y la última me produjo una infección en la pierna, hasta que me llevaron en ambulancia y en la ambulancia perdí el sentido. Una cosa misteriosa para mí, y cuando me desperté estaba en Cuidados Intensivos, me habían operado, no me enteré para nada. Ese fue el principio de quedarme en la cama

y después puede haber contribuido que yo me quedaba en la cama, yo tenía acá para escribir, escribía de madrugada. La alteración, esta alteración del sueño, que tengo que corregir de alguna manera. Ya me disgusta, no es una cosa normal.

J.C. ¿Tiene nostalgia de la calle?

J.C.O. De vez en cuando, en estos momentos sucede, que tanto invierno... Bueno, no sé, nostalgia, sí, pero muy leve, no la padezco.

J.C. Vd. es un gran lector de periódicos.

J.C.O. No, me leo todos todos los días El País y el ABC los viernes.

J.C. ¿Y qué le parece cómo se escribe hoy en los periódicos?

J.C.O. ¿Acá? ¡Ah muy bien! Hay cultura de periodistas...

J.C. ¿Qué le dió a Vd. el periodismo?

J.C.O. No sé. ¿Qué me dio?, era muy hermoso. Sobre todo las noches. En una redacción, esperando noticias, haga esto, escriba eso, siempre era: ¿Para cuando lo quiere? Para ayer. Y no había más remedio que meterlo. ¿Y cuántas carillas, o folios? Y todos éramos amigos, en la redacción.

J.C. Yo quería hacerle unas preguntas sobre la nueva novela que vamos a publicar. ¿Cómo empezó?

J.C.O. No sé. Empezó en una agenda.

J.C. ¿Siempre escribe en agendas?

J.C.O. Sí, me las regalan...

J.C. ¿Cómo surgió la novela? ¿Cómo surgió la historia?

J.C.O. No sé. Porque se me ocurrió. Hay veces que te viene una visión de algo. En este caso sí tuve la visión, aunque no estoy seguro de que sea el verdadero principio. Pero la visión de La Casona, donde están los contrabandistas... La Casona viene de la residencia del presidente de Venezuela... Fue algo muy caraqueño, le habían dado el premio Rómulo Gallegos a Mario Vargas Llosa, y me llaman a una recepción, y yo llego, después del discurso de Mario, recuerda que él dijo que ojalá Venezuela fuera un día como Cuba, y entonces yo llego a la recepción y allí me reciben con metralletas para aburrir... así, que sigo debajo de la ráfaga, rarara, y en la puerta me recibe un milico, me palpa para encontrarme las armas, me da el visto bueno, era el ambiente de Caracas, aunque no pase nada el ambiente es de inminencia de algo desagradable...

J.C. ¿Y esa atmósfera estaba en su mente cuando empezó a escribir?

J.C.O. No... pienso yo... Tú me obligas a buscar y escarbo, escarbo, invento, imagino, creo que fue eso.

J.C. Onetti, leyendo ese libro uno siente la sensación de que lo ha escrito una persona joven.

J.C.O. Por eso no quiero que me saquen fotos, carajo. Que se conserve esa ilusión. Mira, en la primera edición de un libraco mío, llamado El Pozo, el plan era poner en la tapa una reproducción, una foto, del Apolo de Belde-

vere y poner abajo: busto del autor. No se hizo eso porque había que pagar el cliché y no había plata, dinero, pero si no, hubiera sido famoso.

J.C. Onetti, ¿Vd. siempre ha tenido tan buen humor?

J.C.O. (Rápida Dolly: sí.) Yo creo que sí, mira, yo las cosas que pienso, no como virtud ni como defecto, me llenan de indiferencia, ese es el sentido del humor...

J.C. ¿Y Vd. ante qué siente más, de que se ríe más, o ante qué siente más indiferencia?

J.C.O. No, la indiferencia una especie de coraza. He pasado momentos muy malos de mi vida, de no tener para comer y yo no me sentía desdichado, lo que vivía lo viví, igual que ahora que Carmen [Balcells] me alimenta, tampoco me importa. Me parece muy bien.

J.C. No, le alimenta su literatura.
¿Sabe que a la mujer de García Hortelano le tocó ayer la lotería?

J.C.O. Juan era un tipo para quererlo. Esa sensación de bondad, de no joder. No tenía envidia por nadie. No tenía vanidad. Lo conocí a él, en Barcelona, junto a Caballero Bonald, otro individuo que me causó una magnífica impresión. El Gran Momento de María Tribuna, me parece una cosa extraordinaria, algo que pudiéramos llamar obra maestra, que acá se aplica con tanta facilidad el término. En Tormenta de verano, ahí suceden muchísimas cosas, hay matrimonios que se separan, que se juntan, al término del libro tengo la sensación de que no sucedió nada. Se lo dije a él, cuando lo vi en Barcelona, muy suavemente, porque no quiero decir que no im-

porta, que es una cosa tan mala que uno la olvida, no, es una cosa llena misterio. Después de eso escribió Los vaqueros en el pozo....

(Cambio de cinta)

J.C. Ágata ojo de gato. ¿Lo ha leído?, para mí ése es un libro excelente, para mí es el mejor de Caballero Bonald, ése es un gran escritor.

J.C.O. Apunta y compra. (Dirigiéndose a Dolly).

J.C. Yo le había preguntado por las cosas ante las que Vd. se ríe o ante las que siente indife-

rencia. A mí me gustaría que Vd. me hablara de cómo se enfrenta al paso del tiempo. A la edad.

J.C.O. Mira, tú estás loco. Me preguntas sobre qué me da risa y luego me hablas del paso del tiempo. Bueno. Me voy a morir, es para llorar el paso del tiempo, no para reír. ¡Ah, no, no, no! A mí me ha llegado el tiempo de la inmovilidad y puede ser que me sienta más viejo de lo que debía ser.

J.C. Sin embargo, en su literatura no se nota el paso del tiempo.

J.C.O. Bueno, me alegro. Que siga así. •